

El resultado de la expedición disgustó á Velásquez: de los informes recibidos deducía que hubiera sido útil poblar las tierras descubiertas, y, aunque él había dado instrucciones de no poblar, parecióle que en este punto hubiera sido mejor que Grijalva contrariase sus órdenes. Esto fué suficiente para que Grijalva quedase perdido. Nada pudo salvarlo de la desgracia, hasta el punto de haber tenido que emigrar de Cuba á la provincia de Nicaragua, donde murió á manos de los indios, guerreando con ellos en el valle de Ulanche.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 445.

## CAPITULO XV.

Preparativos de la tercera expedición.—Diego Velásquez preocupado con el nombramiento de comandante de la expedición.—Se fija en Baltazar Bermudez, pero la arrogancia de éste le hace desistir.—Los parientes de Velásquez pretenden el destino.—Perdida la esperanza de obtenerlo, insinúan el nombre de Vasco Porcallo.—Vacilaciones de Velásquez.—Amador de Lares y Andrés de Duero le indican á Cortés.—Nombramiento de Cortés.—Nuevas vacilaciones de Velásquez.—Hernán Cortés sale furtivamente de Santiago de Cuba con la flota.—Asombro de Velásquez.

No obstante la molestia de Velásquez, tan injusta en el fondo, pues que Grijalva no había hecho otra cosa que cumplir fielmente sus instrucciones, no por ello se desalentó y renunció á todo proyecto de excursión y conquista. Léjos de ésto, se enardeció más, y fundó lisonjeras esperanzas para el porvenir, en el avasallamiento de nuevos territorios. Aun ántes de la llegada de Grijalva, y á las primeras noticias traídas por Alvarado, ya comenzó á pensar en aprestar otra armada; y, apenas llegó Grijalva, envió á la corte al padre Benito Martín, con encargo de referir las noticias del nuevo descubrimiento, y presentar hermosos lingotes de oro, como muestra de la portentosa riqueza de las comarcas visitadas por Grijalva.

En tanto que el padre Martín emprendió su largo viaje á Europa á cumplir la misión de Velásquez, y á pedir para sí que le nombrasen abad de

la Nueva España, Velásquez dió también comisión á Juan de Saucedo de partir á la isla de Santo Domingo, y avistarse con los gobernadores, que lo eran los monjes de San Jerónimo Alfonso de Santo Domingo y Luis de Figueroa, pues Bernardino de Manzanedo estaba entonces en España. Estos tres monjes habían sido nombrados por el cardenal Jimenez de Cisneros para que, con ánimo, rectitud y prudencia, gobernasen la Isla Española, favoreciendo igualmente á los españoles y á los indios. Llevaron estos monjes poderes é instrucciones amplísimas, y por esto se creía generalmente en América que, sin licencia de ellos, no se podía sojuzgar ni poblar nuevos países. Con este objeto, pues, fué enviado Saucedo; para que impetrase de los monjes gobernadores la autorizacion necesaria para la conquista de los países descubiertos por Córdova y Grijalva. La carta de Velásquez en que pedía la autorización tuvo pronta respuesta, en la cual los gobernadores daban licencia para enviar la armada, y para mover guerra y conquistar.

Entretanto, Velásquez no se había dormido en la preparación de la nueva armada, pues, dando por cierto que se le había de conceder la facultad pedida, se había anticipado, desde la llegada de Alvarado, á reunir navíos con municiones de guerra y boca, que le costaron bastante caudal. Pero si ya dos expediciones se habían malogrado, con gran desperdicio, á su entender, de tiempo y dinero, y aún de preciosas vidas, no quería que esta tercera vez la empresa fracasase por defecto del cabeza principal. Como muchas veces acontece á los superiores, sucedía á Velásquez que mientras to-

dos veían y sabían que el mal éxito de la expedición de Grijalva más recaía en el mismo Velásquez, que había dado las instrucciones, que en el infortunado capitán que ciegamente las había cumplido, el Gobernador de Cuba todo lo atribuía á negligencia é ignorancia de los comandantes elegidos para las dos expediciones pasadas. Quería, por esto, en esta nueva ocasión, no equivocarse en el nombramiento de jefe, buscándole sagaz, entendido, intrépido y discreto; y, además, que, uniendo tan buenas condiciones, no se alzase con el mandado, sino trabajase de cuenta y beneficio de Velásquez.

Pensó primero en Baltazar Bermudez, paisano suyo y amigo; pero éste, quizá demasiado franco y presuntuoso, en vez de recibir con agradecimiento la honra, quiso poner condiciones, y fueron ellas motivo de que Velásquez, que de sufrido poco tenía, y mucho de arrebatado y arrogante, no volviese á pensar en él. Urgíanle por su lado sus parientes para que se decidiese por alguno de ellos, tales como Antonio Velásquez Borrego y Bernardino Velásquez; mas á éstos, salvo la condición del parentesco, todas las demás les faltaban. Los veteranos de la armada hubieran preferido se les diese por jefe al mismo Grijalva; y personas entendidas indicaban á Vasco Porcallo, marinero intrépido é inteligente, pero que nunca ganó la confianza de Velásquez. Receloso éste de encontrar una decepción, y de frustrar todas sus esperanzas, ni aun quiso tomar en consideración la conveniencia de nombrarle.

Estas circunstancias de irresolución, aprovecharon habilmente el contador real de Cuba, Amador de Lares, y el secretario de Velásquez, Andrés

de Duero. Era el contador real antiguo soldado de los tercios españoles, en cuyo servicio había pasado los mejores años de su juventud: había recorrido la Italia, y, con su sagaz ingenio y espíritu finísimo, llegó á alcanzar el puesto de maestresala del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, no obstante que no sabía ni siquiera leer ni escribir. Muerto el Gran Capitán, fueron recompensados sus méritos con el nombramiento de contador real de la isla de Cuba, empleo que, por el manejo de la hacienda, le ponía en inmediato contacto con el Gobernador Velásquez. El secretario Andrés Duero había acompañado á Velásquez desde su entrada á la Isla de Cuba; se distinguía por su carácter nunca ligero ni arrebatado, sino siempre inclinado á reflexionar antes de tomar una determinación; jamás aceptaba á ciegas las opiniones ajenas, y realizaba su prudencia con discreción poco común, pues, á la par que era afable y afecto al comercio social y á la conversación, siempre guardaba el mayor sigilo respecto de aquellas cosas que debían conservarse secretas. Estos dos empleados, tan cercanos á Velásquez, se habían captado su confianza, y gozaban con él de legítima influencia. Hernan Cortés, como hombre sagaz, llevaba muy buenas relaciones de amistad con esos dos funcionarios, y se valió de ellos para congraciarse con Velásquez.<sup>1</sup>

Treinta y tres años debía tener entónces Hernan Cortés, pues había nacido en Medellín de Extremadura el año de 1485. Nadie en Cuba ignoraba su actividad, talento y valor. Desde el año

<sup>1</sup> Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 447.

de 1504, cuando aun sólo contaba diez y nueve años, impulsado por su inclinación decidida al ejercicio de las armas, se embarcó en Sevilla para Santo Domingo, y, después de un viaje sembrado de riesgos y peripecias, aportó á la isla Española. Allí fué recibido con agrado por Ovando, quien lo alistó como capitán de su ejército, y aprovechó muy oportunamente sus cualidades guerreras en la campaña que siguió para sojuzgar á los indios de Baoruco, Aniguayagua é Higüey, que, algún tiempo sometidos, se alzaron contra sus dominadores, y dieron mucho trabajo y penalidades para sujetarlos. Una encomienda fué por entónces el premio de los notables hechos de armas de Cortés; pero, inquieto como estaba por la ambición y deseo de mayor gloria y honores, no desperdició la ocasión que se le presentó cuando Diego Velásquez, nombrado capitán para sujetar á Cuba, le instó para acompañarle. Allí se condujo con perfecta bizarría, y se granjeó el aprecio de todos, por sus sobresalientes cualidades. De alma ardiente, de inteligencia viva y sagaz, preveía anticipadamente los sucesos, y obraba con agilidad inaudita, de modo que todos sus soldados tenían plena fé y confianza en su palabra, y con su ejemplo los impulsaba á arrostrar toda clase de trabajos y peligros. Su amigo y superior, Velásquez, llegó á prendarse tanto de su habilidad que ningún negocio arduo ó difícil despachaba sin oír el parecer de Cortés. Pero su misma repentina elevación y privanza le crearon poderosos émulos, que se empeñaron en perderle en el ánimo de Velásquez; y aun llegaron á conseguirlo, porque este gobernante, dando oídos á sus enemigos, quiso ahor-

carle un día, aunque después, arrepentido, le perdonó y le nombró alcalde de Santiago, cuyo empleo ejercía cuando empezó á tratarse de la tercera expedición á Yucatán.<sup>1</sup>

Supo Hernán Cortés que Velásquez andaba preocupado en escoger á la persona que debía poner al frente de la nueva empresa; pero, frescas las reyertas que había tenido con Velásquez, no se atrevía á confiar en que le diesen tan codiciado puesto. No obstante, su carácter le inducía siempre á no desesperar hasta conseguir el éxito, mezclando la diligencia inquebrantable con cierta maña, destreza y sagacidad en aprovechar las ocasiones y en valerse de los hombres adecuados para sus designios. Se propuso, pues, alcanzar la confianza de Velásquez, por medio de sus amigos Lares y Duero.

El contador y el tesorero correspondieron á Cortés en su amistad, y se propusieron desvanecer en el ánimo de Velásquez todas las prevenciones que anteriores conflictos habían hecho nacer en él. Aprovecharon hábilmente sus mismas vacilaciones, para insinuarle el nombre de Hernán Cortés como adecuado capitán de la nueva armada. Verdad era que Velásquez había tenido sus enemistades con Cortés, y aun, como hemos dicho, en cierta ocasión había querido ahorcarle, pero ya todo había pasado entre ellos, tornando á ser amigos y aun compadres. Por añadidura, Lares y Duero, que tenían ganada la gracia y afecto de Velásquez, le indicaban suave y oportunamente la conveniencia de nombrar á Cortés, y ninguna ocasión perdían de persuadirle para

*Vida de Cortés en la Colección de documentos para la Historia de México,* pag. 310 y siguientes.

que se fijase en su amigo, lo cual era grande ayuda, porque tratando estos empleados constantemente los negocios con el gobernador, jamás abandonaban su propósito, y tendían constantemente á conseguir el fin que se habían propuesto.

Por otra parte, las prendas y posición de Cortés, en aquella época, concurrían para que los trabajos de Lares y Duero alcanzasen perfecto éxito. Cortés era entonces alcalde de Santiago de Cuba; había cooperado eficazmente á concluir la pacificación de la isla; y, en premio de sus servicios, le habían hecho encomendero de varios pueblos de indios. Nadie podía reducir á duda que fuese valiente, instruido y provisto de ingenio, capacidad y prudencia: de su fidelidad debía presumirse después de los últimos servicios que del gobernador de Cuba había recibido. En estas condiciones, los amigos de Cortés lograron persuadir á Velásquez de la conveniencia de su elección como jefe de la armada; pero, siempre cauteloso el gobernador, todavía quiso, antes de extender el nombramiento, tener una entrevista con el candidato, para sondear sus disposiciones. Mandó á llamarle á su casa, y, sin declararle desde luego su pensamiento de ponerle á la cabeza de la nueva expedición, conversó largamente con él acerca de los recientes descubrimientos que por aquel tiempo preocupaban mucho la imaginación de los moradores de la isla de Cuba. Discutió el procedimiento más adecuado para emprender la conquista de aquellos ignotos reinos, y aun le pidió su opinión acerca de los medios de aprestar la armada que ya tenía en vía de formación. La conferencia por ambos lados fué agradable; los interlocutores

se dieron con expansión recíprocas muestras de amistad; y así, entre afables expresiones, Velásquez llegó al punto más importante del nombramiento del jefe de la expedición. Cortés contemplaba con alegría el giro que la conversación iba tomando, pues bien cuadraba á sus miras; y, en efecto, Velásquez, después de comunicarle por extenso sus proyectos, acabó por insinuarle el deseo que tenía de nombrarle por jefe. Decíale haberse persuadido de que en toda la isla de Cuba no había persona más apropiada que él para tan delicado puesto: su valor y pericia eran indudables; y así, le repetía que sólo esperaba su consentimiento para librarle el despacho, y ponerle en posesión del elevado empleo por tantos codiciado.

Inefable fué el gozo que Cortés sintió nacer en el alma al oír á Velásquez explicarse con tanta amistad y confianza, cual si nunca hubieran estado divididos por pendencias antiguas. Él conservaba esperanzas emanadas de la sincera protección de sus amigos; pero, al ver colmados tan brillantemente sus deseos, no pudo menos que considerar que aquel favor participaba en algo de providencial, y, lleno de reconocimiento, dió gracias muy expresivas á Velásquez, conservando en lo íntimo del alma sentimientos de gratitud á Dios que le llamaba á grandes destinos.

No fué menor la alegría del secretario Andrés Duero cuando, al salir de la entrevista, Velásquez le comunicó la resolución definitiva de nombrar á Cortés: se dió prisa á extender el nombramiento, y pronto toda la ciudad de Santiago de Cuba supo que Hernán Cortés era el jefe de la armada que se apres-

taba á salir para los países recién descubiertos. Unos aplaudían, otros criticaban; y se distinguían entre los últimos, especialmente, los Velásquez, parientes del gobernador, cuyo despecho no conocía límites, juzgándose desairados en sus pretensiones. Mas Cortés, que era hombre de mundo, no se detuvo á pensar y averiguar cómo había caído su nombramiento, sino que desde luego se echó á atraerse amigos, á reclutar soldados, y á coleccionar provisiones de boca y guerra; porque, si bien Velásquez había conseguido reunir hasta nueve buques, contando con los restos de las armadas de Córdoba y Grijalva, ni estaban bien abastecidos y municionados, ni los soldados estaban comprometidos, ni brillaba mucho en los voluntarios que se habían alistado, el espíritu y la disciplina militar.

La tarea no fué difícil á Cortés, pues que su carácter se prestaba. Había nacido capitán, y nada ansiaba tanto como ocasiones dónde lucir sus talentos y hacer brillar su valor. Su natural alegre, generoso y desprendido, su inclinación á regalos y diversiones, le granjeaban numerosos amigos; su palabra fácil hacía relucir á los ojos de los que le escuchaban, misteriosos tesoros en las regiones descubiertas; y, además, tenía algunas economías que había allegado de los productos de las minas de sus encomiendas, y supo gastarlas para conseguir su fin. Pronto el número de sus soldados creció, y también el de sus adeptos; que no hay cebo más fructuoso para rodearse de gente, que la perspectiva de un sol que nace. Encontró quien le diese dinero prestado, y le fiase mercancías con sola su firma; y le llovieron armas y pertrechos de guerra, provi-

siones de boca, soldados, marineros, criados y sirvientes; y como comprendía los resortes de la imaginación humana, empezó á vestirse mejor, se adornó con un penacho de plumas y una medalla de oro al cuello, y ordenó hacer un estandarte muy lujoso, blanco y azul, con una cruz roja en medio, y un mote que decía: «Hermanos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera que con ella venceremos.»<sup>1</sup>

Mas en tanto que su cerebro ardía con el pensamiento de cosas altas, y su corazón palpitaba lleno de esperanzas, sus émulos no daban tregua á sordos trabajos, é intrigaban para que se le revocase el nombramiento. Velásquez, receloso de perder la gloria y utilidades de su acariciado proyecto, empezó á dar oídos á las sugerencias de los que con vivos colores le pintaban el resultado siniestro que para él tendría la expedición, puesta en manos de Cortés: le recalcan su esplendidez con sus amigos, su orgullo y vanidad; le mostraban cuán ageno era á toda sumisión, y cuán aficionado á la independencia; y de allí deducían que tan pronto como Cortés hubiese partido de la isla de Cuba, quedaría cortada toda relación de dependencia, y que su protegido acabaría por desconocer su autoridad, para atribuirse á sí solo el provecho y la gloria de la empresa. La suspicacia de Velásquez despertaba agitada é inquieta, y, comparando las inclinaciones de Cortés con sus precedentes, llegaba á desconfiar; cavilaba día y noche, y se desesperaba y arrepentía de haber pensado en él. La lucha interior que sos-

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 17.

tenía se dejó traslucir en la mudanza de su trato y semblante, y al fin pareció inclinado á separar á Cortés de su empleo, y así lo indicó á sus confidentes.

Cuando Cortés recibió aviso de la desgracia que le amenazaba, comprendió que no había para él otro salvamento sino partir inmediatamente á la expedición: y tan rápido en la concepción del pensamiento, como presto en la ejecución, no quiso demorarse un instante. La misma noche que le dieron la fatal nueva, fué con el mayor sigilo, despertó á todos sus soldados y capitanes, y los embarcó en los navíos surtos en el puerto; se dirigió luego á la carnicería, se apoderó de todo el ganado que encontró, y lo trasladó á sus buques, por más que Hernando Alfonso, abastecedor del mercado, se opuso á ello, representándole que iba á dejar sin carne á la ciudad al día siguiente.

Aunque en todo obró con grande actividad y diligencia, no pudo impedir que le cogiese el alba todavía en sus preparativos de viaje, y cuando todavía no se daba á la vela. Probablemente el carnicero Hernando Alfonso, por sincerarse de la falta en que iba á incurrir con no proveer de carne á la ciudad, acudiría á casa de Diego Velásquez, y le comunicaría lo que estaba pasando. La verdad es que Velásquez sorprendido, se levanta á prisa de su cama, cabalga, y se dirige al muelle. Otros caballeros se le reunen, y la gente toda de la ciudad acude espantada del atrevimiento de Cortés. Velásquez, á caballo y airado, se presenta en el muelle, y contempla los buques de la armada preparándose para levar anclas; y como los buques no estaban ancla-

dos á gran distancia del muelle, Cortés, desde el puente de uno de ellos, pudo distinguir al gobernador, que descollaba entre todos sus compañeros.

Cortés, si atrevido, no quiso pecar de inurbano, y, metiéndose en un bote con artillería y soldados armados de arcabuces, se acercó á tierra á tiro de ballesta, de modo que pudiese hablar y hacerse oír de los que estaban en la playa; llevaba su vara de alcalde, y, poniéndose en pie, saludó muy cortesmente al gobernador. Velásquez, disimulando quizá su coraje, le gritó entre afectuoso y sentido: «¿Cómo, compadre, así os vais? ¿Es buena manera ésta de despediros de mí?» Cortés, empero, sin perder la serenidad y soltura que en tantos trances le distinguió, contestó con desenfado y tranquilidad: «Señor, perdóneme V., porque estas cosas y las semejantes antes han de ser hechas que pensadas: vea V. qué me manda;» y, sin más decir, volvió la proa al bote, y se dirigió á su buque, dejando al pueblo de Santiago de Cuba lleno de pasmo y asombro.<sup>1</sup>

Dió, á toda prisa, orden de partir rumbo al occidente; y así fue cómo, el 18 de Noviembre de 1518, se dió á la vela, de Santiago de Cuba, la tercera expedición que debía visitar la península de Yucatán.

<sup>1</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 452.—Bernal Díaz del Castillo refiere de otra manera la partida de Cortés, pues á creer su narración, se despidió de Diego Velásquez, y después de haber oído misa, se embarcó, y con próspero tiempo llegó á la villa de Trinidad: á su juicio, la disidencia con Velásquez nació después de la partida de Santiago de Cuba. Creemos más verosímil la narración de Las Casas, como más conforme con otros incidentes que todos los historiadores refieren: tal es el de haberse apoderado violentamente del ganado que había en el matadero de Santiago, á pesar de las protestas del abastecedor Hernando Alfonso.

## CAPITULO XVI.

Detención en Macaca y en Trinidad.—Dos buques más se añaden á la expedición.—Severas órdenes de Velásquez al alcalde de Trinidad para prender y destituir á Cortés.—Cortés hace fracasar estas órdenes.—Partida para Habana la Vieja.

Como no estaban embarcados todos los expedicionarios, ni había mantenimiento suficiente á bordo para todo el viaje, que debía ser largo, no tuvo nunca Cortés el pensamiento de separarse de una vez de Cuba, sino sólo de Santiago, para desconcertar á sus enemigos, y con un golpe de audacia contener á Velásquez. Se dirigió, pues, á Macaca,<sup>1</sup> pueblo de indios, á cuyas inmediaciones existía una estancia de ganado de la real hacienda; y al mismo tiempo ordenó á Pedro González de Trujillo que con una carabela fuese á Jamaica á proveerse de carne de puerco, pan de cazabe y aves, y que luego se le uniese en el puerto de Trinidad ó en el cabo San Antonio.

Llegado Cortés á Macaca, supo que, como lo había previsto, había algunas provisiones en la estancia que, próxima á aquel puerto, poseía la real hacienda. Se avistó con el tesorero real Tamayo, administrador de la estancia, y le pidió de los puercos

<sup>1</sup> *Vida de Cortés*, pág. 353.—Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 452.